

Alfonso  
Chase



## El complejo de Yolanda

Algunas, gentes, artistas la mayoría de las veces, se sienten atacados por eso que se me ocurre llamar: el complejo de Yolanda Oreamuno, referido a esa incompreensión que sufrió nuestra compatriota cuando debió recibir los honores del caso, si así podemos decir de las recompensas efímeras con que se suele pagar el talento, la altivez, la auténtica creación literaria.

Y es que muchas gentes se duelen de sentirse incomprendidas en un país que sólo honra a sus muertos, o a aquellos que están en proceso de morir. La actitud de Yolanda Oreamuno, en contraposición de aquellos que buscan el reconocimiento a codazos, fue de una absoluta indiferencia por las críticas, malsanas o erradas, de sus contemporáneos. El trabajo fue la única arma de la que se valió para hacer su obra artística y para que nosotros le reconociéramos, después de muerta, ese señorío suyo en la prosa, esa profundidad en el análisis de los personajes, esa trayectoria que la hace única en nuestra historia literaria. A menudo asisto a recitales dados por gentes que se quejan de no ser comprendidas, de no ser alzados a la fama, efímera y pestilente, de nuestro parnaso literario. Se sienten con el complejo de Yolanda, de Eunice, de Francisco, de Alfredo, de Vicente y amenazan con irse a otras tierras, en donde esperan ser comprendidos. No creo que el talento de estos jóvenes, o viejos escritores esté en relación directa con la lucha que se imponen a sí mismos, para definir su propia vocación artística. El que quiere ser un escritor, y no un intelectual de antologías, no necesita de la palabra lisonjera, el gesto amable, la autopromoción en los diarios burgueses, el desgañado grito en un recital de poesía mediocre.

Creo que el ejemplo más claro de que la obra de Yolanda Oreamuno, la de Eunice Odio, la de Alfredo Cardona Peña, la de Vicente Sáenz, Francisco Zúñiga, etc, etc, perdura, es su propia vocación de trabajo. Es cierto que en Costa Rica la necrofilia cultural es un vicio, pero sé de costarricenses a los que se les ha ubicado artísticamente en vida: Jorge Gallardo, Manuel de la Cruz González, Ana Antillón, Fabián Dobles, Julián Marchena, Isaac Felipe Azoifeifa han recibido el cariño de su pueblo y el reconocimiento de sus contemporáneos. El desprecio que Yolanda Oreamuno sintió por muchas de las cosas nuestras era producto de su autoconocimiento y su deseo expreso de pertenecer a otra realidad, aunque en verdad sólo aquí se le reconoce, de manera auténtica, su valer literario. Quizá lo que exista en nuestra patria es la indiferencia que produce en muchos compatriotas la franqueza con la que muchos nos expresamos y esa impotencia a ser un felpudo, un baboso, un brocha. Los tiempos han cambiado en Costa Rica. Los que escribimos ahora existimos literariamente, aunque nuestras obras no

sean de texto en escuelas y colegios, no se nos incluya en las reseñas del crítico de moda, no tengamos páginas en donde nos podamos promover como los nuevos descubrimientos de la literatura latinoamericana.

Sé que existe una cultura que promueven nuestros diarios, los que tienen mayor cobertura nacional, y sé también que muchos extranjeros han encontrado su modo de vida siendo lambiscones y suficientes, enunciando y pontificando con el arte nacional, aunque en sus países de origen son un punto en el mapa cultural. Algunos artistas creen que el arte se hace en las antologías, en los diarios, en las revistas, y no piensan que el verdadero arte se hace frente a la hoja en blanco, ante la indiferencia del lienzo, en la pasmosa frialdad de nuestras habitaciones.

Está bueno quejarse. Pero es totalmente deprimente regatear por un puesto en la cultura nacional. El trabajo, ya lo decía Rilke, es la única opción que le queda al artista. Y es que conozco muchos autores nacionales que hacen su obra entre el humo del cigarro, en la botellita de ron, en el fondo, oscuro, de una taza de café. A otros les interesa la obra suya y apenas la ajena. Nunca tienen tiempo de ver el poema del joven que empieza, el texto

del colegial, la obra de nuestros viejos escritores sobre la que hay que fundamentar nuestros trabajos. En un país en donde no existe una política cultural definida, en donde los artistas tenemos poco que ver con la planificación de la cultura, en donde la burocracia estatal pone y dispone, poco se puede hacer por el desenvolvimiento artístico de nuestra patria.

Cuando Yolanda Oreamuno, Carlos Luis Fallas, Eunice Odio y otros artistas más, empezaron a escribir no existían organismos culturales que patrocinaran su obra y ahora, 35 años después se publica apenas una ínfima parte de lo que se publicó entre 1930-1940, y la Editorial Costa Rica no da abasto rechazando originales, algunos muy malos, otros detestables, y otros, los menos, rechazados por la miopía de algunos jurados.

No encuentro una opción válida, dentro de los esquemas de democracia burguesa que se mueve nuestra patria, para promover la cultura. En el pueblo no se ha creado todavía esa conciencia nacional, que debemos definir los creadores con nuestra obra artística. Me repugna ver, y no lo hago por chauvinismo, a una sarta de extranjeros, ocupando posiciones de dómines, mientras los nacionales apenas tenemos alcance a algunos diarios o a instituciones que por ley deberían estimular al creador. Encuentro válido eso que yo llamo el complejo de Yolanda Oreamuno cuando este se aplica adecuadamente. Es decir: cuando se desprecia lo que se comprende y se trabaja para el futuro, para la erosión del tiempo, para la lucha de los días.

Lamentarse no. Denunciar las lacras, los problemas, las contradicciones con la propia obra, que si se hace con categoría artística puede que perdure a pesar de los críticos, los despliegues, el bombo mutuo, el disfrute del poder aplicado al quehacer intelectual.